

# Interacciones de la Revolución cubana con los «nuevos liderazgos latinoamericanos»

**Luis Suárez Salazar**

*Sociólogo y profesor. Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa y Universidad de La Habana.*

No tenemos otra alternativa que soñar, seguir soñando, y soñar, además, con la esperanza de que ese mundo mejor tiene que ser realidad, y será realidad si luchamos por él. El hombre no puede renunciar nunca a los sueños, el hombre no puede renunciar nunca a las utopías. Es que luchar por una utopía es, en parte, construirla.

Fidel Castro, 1992.

Las páginas que siguen van dirigidas a realizar una primera aproximación a las multifacéticas interacciones entre las autoridades políticas cubanas, estatales y no estatales, con los «nuevos liderazgos latinoamericanos»; definiendo como tales a los principales representantes de la *nueva izquierda política, social e intelectual* surgida en ese continente a partir de la segunda mitad de la década de los 80.<sup>1</sup>

Como en la actualidad algunos de esos representantes ocupan prominentes responsabilidades en la conducción de los genéricamente llamados «gobiernos progresistas» instaurados en América Latina desde los dos últimos años del siglo xx,<sup>2</sup> esta

aproximación tendrá un enfoque predominantemente interestatal; vinculado de una forma u otra con los principales proyectos de concertación política, cooperación económico-social, e integración multinacional que se están desarrollando en ese continente.<sup>3</sup>

Sin embargo, antes de abordar esos temas conviene referir las principales utopías que, desde el Primero de enero de 1959 hasta la actualidad, han guiado la teoría y la *praxis* (no exentas de errores) de la proyección externa de la Revolución cubana<sup>4</sup> hacia el espacio geográfico, humano y cultural que Ernesto Che Guevara —siguiendo al Apóstol de la independencia de Cuba, José Martí— denominó «nuestra mayúscula América».<sup>5</sup>

## **Las utopías *nuestramericanas* de la Revolución cubana**

Hundiendo sus raíces en las inconclusas luchas de los pueblos latinoamericanos y caribeños por su «verdadera independencia», la primera de esas utopías fue sintetizada por Fidel Castro en su autodefensa en el juicio que se le siguió por el frustrado asalto a los

cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes el 26 de julio de 1953.

En ese alegato —pronunciado el 16 de octubre de ese año y conocido posteriormente como *La Historia me absolverá*—, el ahora máximo líder de la Revolución cubana señaló, entre otras cosas, que si hubiera triunfado la insurrección popular que él encabezó, el gobierno que se hubiese instalado en la mayor de las Antillas habría proclamado que

la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. *Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.*<sup>6</sup>

Sin dudas, desde los primeros días de enero de 1959, ese sueño libertario y solidario —reiterado en su poco divulgado discurso del 10 de octubre de 1955 frente al monumento a los niños héroes de Chapultepec, en la capital mexicana— fue ratificado con la proclamación, a veintitrés días de su triunfo, de que el destino de la Revolución cubana estaba íntimamente asociado al desenlace de las multiformes luchas de los pueblos latinoamericanos y caribeños por terminar con «el sometimiento y la abyección miserable en que hemos estado viviendo durante más de un siglo».<sup>7</sup>

Semanas después, el recién nombrado Primer ministro del Gobierno provisional revolucionario expresó la disposición cubana a incorporarse a un mercado común como «un gran paso de avance hacia la unión política» y para que «en un futuro no muy lejano nuestros hijos puedan abrazarse en una América Latina unida y fuerte».<sup>8</sup> Vinculó esa aspiración con la superación de las condiciones internas y externas (incluidas las derivadas de sus asimétricas relaciones con los Estados Unidos) que históricamente habían determinado el subdesarrollo económico y los inmensos déficits sociales existentes. Igualmente, con la generalización y profundización de los regímenes democrático-representativos instaurados en el continente; ya que «los pueblos de América no quieren ni libertad sin pan ni pan sin libertad».<sup>9</sup>

Todos esos planteamientos encontraron solución de continuidad en la Primera Declaración de La Habana aprobada por la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba el 2 de septiembre de 1960, como respuesta a las primeras resoluciones contra la Revolución refrendadas por la Organización de Estados Americanos (OEA). Luego de realizar una lectura crítica de la historia latinoamericana y caribeña, de las múltiples agresiones de los Estados Unidos contra los pueblos del continente, así como de las claudicaciones de algunos de sus gobiernos

democrático-representativos, la Declaración esgrimió «el latinoamericanismo liberador que late en José Martí y en Benito Juárez», frente «al hipócrita panamericanismo» impulsado desde fines del siglo XIX por los círculos de poder y los sucesivos gobiernos estadounidenses y de otros países de América Latina y del Caribe.<sup>10</sup>

Después de la proclamación del carácter socialista de la Revolución y de la derrota de la invasión mercenaria de Playa Girón —organizada por el gobierno de los Estados Unidos (16-19 de abril de 1961)—, así como de su intrincada dialéctica con los profundos cambios económicos, sociales, político e ideológico-culturales internos, la voluntad de contribuir a la unidad y la liberación nacional y social de los pueblos latinoamericanos y caribeños se hizo mucho más nítida mediante la Segunda Declaración de La Habana, aprobada por la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba, el 2 de febrero de 1962, como réplica a la ilegal decisión de la OEA de expulsar a la Isla de esa organización.

Tras reiterar que la historia de Cuba era la historia de América y que esta era, a su vez, similar a la de los pueblos de Asia y África, el texto proclamó que «el deber de los revolucionarios es hacer la revolución», y criticó el dogmatismo y el sectarismo reinantes en diferentes destacamentos de la «vieja» izquierda política —como se le llamaría posteriormente—, incluidas las conocidas como «izquierda marxista» e «izquierda democrática».<sup>11</sup> Así, acudiendo al lenguaje empleado en aquellos años para caracterizar el capitalismo subdesarrollado, dependiente y periférico imperante en América Latina y el Caribe, la Segunda Declaración de La Habana convocó «a la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos»:

En la lucha antimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población, y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos, por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista, hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra. Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas, humillados también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington.<sup>12</sup>

Esos enunciados programáticos, estratégicos y tácticos fueron reiterados en la Declaración de Santiago

de Cuba el 26 de julio de 1964. Horas después de que una nueva reunión de consulta de los ministros de Relaciones Exteriores de los países de la OEA acordara exigir a los gobiernos que aún no lo habían hecho romper sus relaciones diplomáticas, comerciales, consulares y culturales con Cuba, el pueblo cubano proclamó su derecho «a ayudar con los recursos a su alcance a los movimientos revolucionarios en todos aquellos países que practiquen semejante intromisión en los asuntos internos de nuestra patria».<sup>13</sup>

En razón de la situación internacional y hemisférica existente, así como del voluntarismo y subjetivismo que han rodeado a los protagonistas y seguidores de todas las grandes revoluciones de la historia de la Humanidad, en la segunda mitad de la década de los 60 las autoridades políticas cubanas (incluida la máxima dirección del recién fundado Partido Comunista de Cuba) privilegiaron su apoyo a los movimientos revolucionarios que propugnaron que las luchas antimperialista y contra «la reacción feudal» debían estar orientadas a la toma del poder político y a la construcción del socialismo, así como tener un carácter predominantemente armado.<sup>14</sup> Sin embargo, la solidaridad cubana también abarcó a todos aquellos actores sociales y políticos implicados en otras formas de lucha por la democracia, la liberación nacional y la justicia social que se desarrollaban en América Latina y el Caribe, incluidos los diversos procesos de descolonización negociada que se desplegaron en las mal llamadas West Indies,<sup>15</sup> y los procesos reformadores y nacionalistas que —bajo la conducción de importantes sectores militares— comenzaron a desarrollarse en Perú y Panamá a partir de octubre de 1968.

No obstante la incompreensión de ciertos sectores de la izquierda latinoamericana y caribeña, y de las diferencias axiológicas, programáticas, estratégicas y tácticas que la afectaban,<sup>16</sup> esa *praxis* de la Revolución cubana encontró continuidad en el primer lustro de la década de los 70. En particular, en la consistente solidaridad de sus autoridades políticas y de las organizaciones populares de la sociedad civil, con esos y otros gobiernos militares-nacionalistas —como los instaurados en Bolivia entre 1970 y 1971, y en Ecuador entre 1972 y 1976—, al igual que con todas las fuerzas sociales, ideológico-culturales —entre ellas, la Teología de la Liberación— y políticas que, entre 1970 y 1973, respaldaron al gobierno de la Unidad Popular chilena, encabezado por Salvador Allende. También con todas las que se enfrentaron a los regímenes de Seguridad Nacional y a las dictaduras militares «tradicionales» o fascistas entonces preponderantes entonces en el continente.<sup>17</sup>

De forma paralela, el liderazgo revolucionario cubano desplegó fructíferas «políticas diferenciadas»<sup>18</sup>

respecto a los gobiernos civiles reformistas de Argentina (1973-1974), Colombia (1974-1978), México (1970-1976) y Venezuela (1974-1979), así como los de Barbados, Jamaica, Guyana y Trinidad y Tobago. Sin dudas, el despliegue de esas políticas contribuyó a mitigar la agresividad de los sucesivos gobiernos estadounidenses y de sus aliados hemisféricos (civiles o militares), y a modificar, en 1975, aquellos acuerdos de la OEA que desde 1964 habían «obligado» a sus Estados miembros (con la única excepción de México) a romper todos sus vínculos oficiales con Cuba. Esa decisión había sido antecedida por el restablecimiento de relaciones diplomáticas con los gobiernos de los cuatro países caribeños arriba mencionados (8 de diciembre de 1972), al igual que con Argentina, Colombia, Panamá, Perú y Venezuela. Estos propiciaron la incorporación del gobierno cubano a la Organización Latinoamericana de Energía (OLADE) y al Sistema Económico Latinoamericano (SELA) fundados en 1973 y 1975, respectivamente, bajos los auspicios de los gobiernos de México y Venezuela.

### **La dialéctica entre «la revolución» y «la integración»**

En el contexto descrito, todas las utopías antimperialistas, libertarias, unitarias, integracionistas y *nuestramericanas* de la Revolución cubana quedaron consignadas en la Plataforma programática del Partido Comunista de Cuba (PCC),<sup>19</sup> aprobada en su Primer Congreso (17 al 22 de diciembre de 1975) e institucionalizadas en los fundamentos de su política interna y exterior plasmados en la primera Constitución socialista de la República de Cuba, la que —luego de intenso debate popular— fue aprobada por 97,6% de sus ciudadanos en el plebiscito realizado el 15 de febrero de 1976.<sup>20</sup> En esa Carta Magna se expresó, entre otras cosas, la aspiración del pueblo cubano

a integrarse con los países de América Latina y del Caribe, liberados de dominaciones externas y de opresiones internas, en una gran comunidad de pueblos hermanados por la tradición histórica y la lucha común contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo en el mismo empeño de progreso nacional y social.<sup>21</sup>

Expresión de esa voluntad fue el incondicional respaldo del liderazgo político y estatal cubano a las luchas por la genuina independencia nacional, la democracia y la justicia social que se estaban produciendo en diferentes países de nuestra América, como la «gran revolución» que, a partir de marzo de 1979, se desarrolló en la pequeña isla caribeña de Granada. También apoyó la victoriosa revolución nicaragüense encabezada por el Frente Sandinista de

Liberación Nacional (FSLN). A pesar de las diferencias entre una y otra, así como de sus expresas distancias respecto a las experiencias de la transición socialista cubana, en la lectura de su liderazgo político, ambas confirmaron que la Revolución cubana no era «una excepción histórica» y que «la unidad, las masas y las armas» eran «los tres ingredientes decisivos para alcanzar el triunfo revolucionario».<sup>22</sup>

Sin embargo, la vindicación de esa siempre problemática tríada no fue obstáculo para que el PCC, las organizaciones sociales y de masas y el gobierno cubano convocaran o apoyaran, según el caso, a todas las fuerzas sociales, políticas y culturales de América Latina y el Caribe (incluida la izquierda democrática), así como a aquellos gobiernos democrático-representativos (subsistentes o emergentes) defensores de su soberanía nacional e interesados en la búsqueda de soluciones político-negociadas tanto del «conflicto centroamericano» como de la llamada «crisis de la deuda externa».

A pesar de las notables diferencias entre los actores —estatales y no estatales— participantes en esos procesos, y de estos con las utopías de la Revolución cubana, expresión de esa política fue la incorporación del PCC como miembro asociado de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe, fundada en México en 1979.<sup>23</sup> En este sentido, también son destacables los importantes intercambios de las autoridades estatales cubanas con los gobiernos latinoamericanos que, en 1983, fundaron el Grupo de Contadora, y que tres años después impulsaron la institucionalización del Grupo de Concertación y Cooperación de Río de Janeiro.<sup>24</sup>

Previamente, el gobierno cubano había expresado su disposición a contribuir a la solución política y negociada de los conflictos civiles que tenían lugar en Colombia y en Centroamérica. Asimismo, precisando algunas de sus formulaciones precedentes, el presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba, Fidel Castro, insistió en que la eliminación de las causas estructurales que habían determinado la profunda crisis económica y social del mundo subdesarrollado pasaba por la anulación de la deuda externa y por el establecimiento del Nuevo Orden Económico internacional aprobado por la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, en 1974. Abogó también por la «imprescindible integración económica» de América Latina y el Caribe; ya que sin ella «seguiríamos siendo siempre países dependientes» de las principales potencias imperialistas y, en particular, de los Estados Unidos.<sup>25</sup>

El derrumbe de los «falsos socialismos europeos» y la implosión de la Unión Soviética (diciembre de 1991),<sup>26</sup> le crearon a la Revolución cubana una difícil

situación, agravada por el simultáneo fortalecimiento del bloqueo estadounidense. Sin embargo, la utopía independentista e integracionista fue reiterada por el presidente cubano durante su participación en la Primera Cumbre Iberoamericana realizada en Guadalajara, México, en julio de 1991,<sup>27</sup> y en sus intervenciones durante el IV Congreso del PCC, celebrado en Santiago de Cuba entre el 10 y el 14 de octubre del mismo año.<sup>28</sup>

Recordando las ideas de José Martí, Antonio Maceo y otros luchadores «por la verdadera y definitiva independencia de Cuba», en ese congreso se adoptaron diversas decisiones expresamente dirigidas a «salvar la Patria, la Revolución y las principales conquistas del socialismo». Tal propósito fue calificado como la responsabilidad mayor del pueblo cubano con las luchas «de los pueblos explotados, subyugados, saqueados [y] hambrientos» de todo el mundo y, en particular, de los pueblos de nuestra América.<sup>29</sup>

Entre esas decisiones se incluyó el impulso a una importante reforma a la Constitución de 1976, que fue aprobada por la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) en su sesión del 10 de julio de 1992. Además del carácter socialista del Estado, la nueva Carta Magna reiteró los principios antimperialistas, tercermundistas e internacionalistas que, en las décadas previas, habían guiado la proyección externa de la República de Cuba. También reafirmó

su voluntad de integración y colaboración con los países de América Latina y el Caribe, cuya identidad común y necesidad histórica de avanzar juntos hacia la integración económica y política para lograr la verdadera independencia, nos permitiría alcanzar el lugar que nos corresponde en el mundo.<sup>30</sup>

En consecuencia y en razón de su comprensión de las grandes dificultades que existían «para avanzar en la construcción del socialismo», el líder de la Revolución cubana propugnó que «la batalla prioritaria» de las principales fuerzas sociales y políticas latinoamericanas y caribeñas —en primer lugar, las de izquierda— era unir fuerzas y realizar las alianzas necesarias para derrotar la globalización neoliberal; ya que, según dijo, «si no derrotamos al neoliberalismo desaparecemos como naciones, desaparecemos como Estados independientes, y vamos a ser más colonias [de las potencias imperialistas] de lo que nunca lo fueron los países del Tercer mundo».<sup>31</sup>

En correspondencia con ese análisis, y desde una posición de respeto a las fuerzas políticas que propugnaban o practicaban la lucha armada, indicó que, en las circunstancias existentes en el mundo y en el hemisferio occidental, no era ese «el camino más prometedor» y que uno de los deberes «de la izquierda [era] crear conciencia de la necesidad de la integración

**La posibilidad de avanzar estará directamente asociada a la superación de los problemas objetivos y subjetivos que afectan la transición socialista cubana, a la evolución de la profunda crisis política y moral de la agresiva política estadounidense contra la Isla, y a nuevas victorias de las resistencias contra la ofensiva desplegada por las clases dominantes y los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos.**

y de la unión de América Latina [...] con socialismo y sin socialismo», ya que «aun como países capitalistas, ningún porvenir tendríamos sin la unidad y sin la integración».<sup>32</sup> Objetivamente, tal formulación disoció —al menos de modo temporal— las utopías unitarias e integracionistas de nuestra América (incluida Cuba), de la realización en los demás Estados y territorios del continente de las revolucionarias y socialistas que, pese a todas las dificultades internas y externas, continuaban defendiendo la vanguardia política y el sujeto popular cubanos.

Similares consideraciones fueron reiteradas por Fidel Castro en diferentes momentos de la última década del siglo XX y del primer lustro del siglo XXI. En esos años propugnó, en diferentes foros, la necesidad de defender la soberanía nacional y la identidad cultural de nuestros pueblos para enfrentar «la recolonización» de América Latina y el Caribe impulsada por las clases dominantes, los poderes fácticos y por las sucesivas administraciones estadounidenses. Un componente importante de esas contiendas fue el rechazo al Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), cuya negociación y puesta en marcha antes de 2005 había sido acordada —sin la participación de Cuba— en las Cumbres de las Américas de Miami (1994), Santiago de Chile (1998) y Québec (2001); también la denuncia de las sesgadas e intervencionistas estipulaciones de la Carta Democrática Interamericana aprobada por la OEA el 10 de septiembre del 2001,<sup>33</sup> y posteriormente «las guerras infinitas y preventivas contra el terrorismo» emprendidas, con el respaldo de diversos gobiernos latinoamericanos, por la reaccionaria administración de George W. Bush inmediatamente después de los atentados del 11 de septiembre.

### **La praxis nuestramericana de la Revolución cubana**

Esas y otras convocatorias del líder de la Revolución cubana a enfrentar «la pretensión de los Estados Unidos de gobernar el mundo»,<sup>34</sup> encontraron resonancias positivas en las diferentes organizaciones e instituciones internacionales donde actuaban los representantes de

la «vieja» y la «nueva» izquierda política, social e intelectual de América Latina y el Caribe; en particular en los doce encuentros efectuados hasta 2005 por el Foro de São Paulo, fundado en julio de 1990 bajo los auspicios del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, encabezado por Luis Inácio Lula da Silva.<sup>35</sup> Según se reveló, él había consultado previamente su iniciativa con Fidel Castro y con la máxima dirección del PCC.<sup>36</sup>

No obstante las diferencias entre las fuerzas políticas que integran ese foro —incluso, algunas de ellas mantienen posiciones críticas frente a lo que denominan «el socialismo estatista cubano»—,<sup>37</sup> en esa y otras instituciones, como la Alianza Social Continental y el Foro Social Mundial, los representantes del PCC, así como de las organizaciones sociales y de masas que actúan en el país han propugnado la unidad, lo más amplia posible, de todos los movimientos sociales y políticos antineoliberales y *altermundistas* como condición imprescindible para impulsar las transformaciones que requiere el mundo y, en primer lugar, los Estados «semi-independientes»<sup>38</sup> y los quince territorios coloniales o semicoloniales aún existentes al sur de la península de Florida. Tales posturas también se reflejaron en los diferentes eventos de la red de redes En Defensa de la Humanidad, fundada en México en el año 2003 e integrada por prominentes intelectuales de todo el mundo.

De todos los elementos antes señalados y de otros excluidos por razones de espacio, se desprende que —con independencia de los desaciertos internos y externos que se hayan cometido— en la teoría y la praxis de la proyección externa de la Revolución cubana siempre ha existido el propósito de estimular, apoyar y congregar, sin dogmatismos, ni sectarismos de ningún tipo, los múltiples esfuerzos de todos aquellos sujetos sociales, ideológico-culturales y políticos —estatales y no estatales— interesados en promover modificaciones más o menos radicales en el sistema de dominación político, diplomático, militar, económico y cultural que ejercen las clases dominantes y los gobiernos de los Estados Unidos, en alianza con sus correspondientes contrapartes hemisféricas y con potencias imperialistas europeas, sobre las naciones y los pueblos de nuestra América.

Paralelamente, el gobierno cubano ha mantenido una consistente crítica teórico-práctica al panamericanismo y, por ende, ha respaldado todos los organismos y foros multilaterales de concertación política, cooperación e integración económica que —al margen de los intereses del imperialismo norteamericano— se han fundado en América Latina y el Caribe en los últimos 48 años. En los casos en que se le convoca, participa de manera crítico-constructiva en su funcionamiento. De este modo se demuestra en la OLADE, el SELA, las Cumbres iberoamericanas, la Asociación de Estados del Caribe, el CARIFORUM,<sup>39</sup> al igual que en las Cumbres Europa-América Latina y en las Conferencias de Primeras damas, esposas y representantes de Jefes de Estado y Gobierno de las Américas, inauguradas en 1991.<sup>40</sup>

En esos y otros contextos las autoridades político-estatales cubanas —al igual que las organizaciones populares que actúan en su «sociedad civil socialista»— han desplegado una consistente crítica a todas las intervenciones imperialistas en los asuntos internos de los pueblos de nuestra América. Igualmente, han apoyado todos los procesos de cambios favorables a los intereses nacionales y populares que se producen en América Latina y el Caribe, con independencia de la posición social y la pertenencia política de sus protagonistas, civiles o militares, de las vías de lucha que emplearan para lograrlos y de su mayor o menor identificación con las utopías socialistas.

Tal proyección ha encontrado continuidad en la actitud solidaria asumida por la Revolución cubana frente a los gobiernos progresistas, reformistas o revolucionarios, según el caso, instaurados desde 1998 en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Nicaragua, Uruguay, en la actualmente denominada República Bolivariana de Venezuela y, más recientemente, en Paraguay. En razón de su más estricto respeto a la independencia de los heterogéneos y, en la mayor parte de los casos, renovados liderazgos políticos de cada uno de esos procesos, las formas específicas adquiridas por esa solidaridad están condicionadas por la voluntad de los sujetos sociales y políticos implicados, por la percepción oficial cubana acerca de su consistencia y consecuencia, así como por la correlación —internacional o hemisférica— de fuerzas, en cada momento específico.

A partir de esos elementos y sin desconocer la importancia de las interacciones cubanas con todos los gobiernos arriba referidos, con los de los Estados del Caribe insular y continental y con los gobiernos de Guatemala y Honduras (cuyos respectivos presidentes, Álvaro Colón y José Manuel Zelaya, visitaron Cuba en el primer trimestre de 2009), sin dudas, en los últimos años se han estrechado de manera significativa los

vínculos del liderazgo político-estatal cubano con el de la Revolución bolivariana, liderada por el presidente Hugo Chávez Frías, con la «revolución cultural y democrática» que se está desarrollando en Bolivia, bajo la dirección de su presidente, Evo Morales, y con «la revolución ciudadana» que se lleva a cabo en Ecuador, bajo la conducción de su mandatario Rafael Correa. Este visitó Cuba en enero de 2009.

En lo que atañe a Bolivia y a Venezuela, en tales interrelaciones ha tenido (y tiene) una enorme importancia la progresiva institucionalización, ampliación y profundización de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de América (ALBA), impulsada desde 2001 por Chávez, y cuyas «bases cardinales» fueron establecidas en el histórico encuentro de diciembre de 2004 entre este y el presidente cubano Fidel Castro.<sup>41</sup> Esas bases se precisaron y ampliaron con el Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) suscrito a fines de abril de 2006 entre ambos mandatarios y el entonces recién electo presidente boliviano Evo Morales,<sup>42</sup> y en las sucesivas Cumbres del ALBA-TCP realizadas entre ese año y el 2008. Además de los mandatarios antes aludidos (o sus representantes), a partir de su elección a fines de 2006, también ha participado, con plenos derechos, el líder del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y actual presidente de Nicaragua, Daniel Ortega.

A tono con lo acordado en la V Cumbre, efectuada en el primer semestre de 2007 en Barquisimeto, Venezuela, con el respaldo de esos cuatro presidentes, la VI (Caracas, enero de 2008) finalmente concretó diversos «Proyectos grannacionales» en diferentes campos; entre ellos, la fundación del Banco del ALBA, y se institucionalizó el Consejo de Movimientos Sociales (CMS) del ALBA-TCP. En esta instancia participan las organizaciones populares más representativas de los Estados miembros a través de sus correspondientes Consejos Nacionales. Ello habilita otro espacio para los fructíferos intercambios que han venido desarrollándose entre las organizaciones populares actuantes en la sociedad civil cubana y los nuevos movimientos sociales conformados en Bolivia, Nicaragua y Venezuela. A tal nómina se sumaron los de Dominica y Honduras, cuyos gobiernos se incorporaron al ALBA-TCP en 2008.

Todas esas organizaciones sociopolíticas (incluidas las cubanas) interactúan con sus homólogas de los otros países de nuestra América, en el marco de la Alianza Social Continental, del FSM, y en otros espacios de carácter no gubernamental que funcionan en diferentes países del hemisferio occidental.<sup>44</sup> A su vez, un significativo grupo de intelectuales y artistas cubanos participan en los diferentes eventos de la red «En defensa de la humanidad». Por su parte, las autoridades del PCC

mantienen una sistemática presencia en el ya mencionado Foro de São Paulo. A pesar de las críticas a la transición socialista cubana, provenientes de algunas de las organizaciones que lo integran (incluso algunas de las que propugnan el socialismo del siglo XXI), en sus deliberaciones impera el respeto y la solidaridad mutua, así como una nítida condena a las políticas agresivas del imperialismo estadounidense contra el pueblo cubano.

Paralelamente, tomando en consideración los positivos, aunque contradictorios, cambios políticos que a partir de 2003 se produjeron en Argentina, Brasil y Uruguay, al igual que en Bolivia y Chile, y a pesar de las críticas a sus fundamentos y funcionamiento,<sup>44</sup> las autoridades político-estatales cubanas continúan buscando fórmulas para estrechar sus relaciones de cooperación con el Mercado Común del Sur (MERCOSUR). En función de ello, en 2005, el presidente Fidel Castro firmó un Acuerdo de complementación económica con los mandatarios de los Estados miembros de esa iniciativa integradora que, en el futuro próximo, pudiera fortalecerse con la incorporación plena del gobierno de Venezuela.<sup>45</sup>

Esto, al igual que la fundación del Banco del Sur —integrado por Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Venezuela— y los importantes convenios rubricados entre los gobiernos de Brasil y Cuba en ocasión de la segunda visita oficial realizada a este último país por el presidente Lula da Silva (enero de 2008) y de la primera realizada a Brasil por el presidente cubano Raúl Castro (diciembre de 2008), propiciaron el estrechamiento de las relaciones bilaterales y multilaterales entre las autoridades estatales cubanas y los nuevos liderazgos sudamericanos, al igual que con otros países latinoamericanos y caribeños. Así se expresó en la incorporación del gobierno de la mayor de las Antillas al Grupo de Concertación y Cooperación de Río de Janeiro, y en los fructíferos diálogos sostenidos por el mandatario cubano con diversos presidentes participantes en la Primera Cumbre Latinoamericana y Caribeña realizada en Bahía, Brasil, a fines del propio año.

La posibilidad de avanzar en ese y otros rumbos —como la probable fundación de una Organización de Estados Latinoamericanos y Caribeños y la derogación de los referidos acuerdos de la OEA de 1962— estará directamente asociada a la adecuada superación de los problemas objetivos y subjetivos que afectan la transición socialista cubana,<sup>46</sup> a la evolución de la cada vez más profunda crisis política y moral que atraviesa la agresiva política estadounidense contra la Isla,<sup>47</sup> y a nuevas victorias (por mínimas que sean) de las multiformes resistencias estatales y no estatales, contra la ofensiva desplegada desde 1990 por las clases

dominantes, y los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos, Canadá y algunos países de América Latina y el Caribe, con vistas a fortalecer su sistema de dominación hemisférico e institucionalizar, con tal fin, «un nuevo orden panamericano».<sup>48</sup>

En razón de todas las amenazas que tal «orden» le plantea a la preservación futura de Cuba como un *baluarte de libertad* en América Latina y el Caribe, así como a la imprescindible integración multinacional —económica y política— de ese continente, a las restantes naciones subdesarrolladas y, por ende, al porvenir de la humanidad, en el liderazgo político y en la mayoría del sujeto popular cubano ha cobrado un nuevo significado el llamamiento del Che a todos los pueblos a través de la *Tricontinental*:

En nuestro mundo en lucha, todo lo que sea discrepancia en torno a la táctica, método de acción para la consecución de objetivos limitados, debe analizarse con el respeto que merecen las apreciaciones ajenas. En cuanto al gran objetivo estratégico, la destrucción total del imperialismo por medio de la lucha, debemos ser intransigentes.<sup>49</sup>

De igual manera, tiene vigencia el planteamiento de José Martí en su célebre ensayo *Nuestra América*:

Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado como la plata en las raíces de los Andes.<sup>50</sup>

## Notas

1. Véase César A. Rodríguez Garavito, Patrik S. Barret y Daniel Chavez (editores): *La nueva izquierda en América Latina: Sus orígenes y trayectorias futuras*, Grupo Editorial Norma, Barcelona, 2005.
2. Antonio Elías, comp., *Los gobiernos progresistas en debate (Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay)*, CLACSO- PIT-CNT-Instituto Cuesta Duarte, Montevideo, 2006.
3. Luis Suárez Salazar, «La integración multinacional latinoamericana y caribeña: un enfoque desde la perspectiva crítica y participativa», *Sociología*, a. 7, n. 14, Universidad Federal de Rio Grande do Sul, julio-diciembre de 2005, Porto Alegre, pp. 62-109.
4. Al igual que en otros de mis trabajos utilizo el concepto «proyección externa», en lugar de «política exterior» para connotar definiciones de la política interna cubana que contribuyen (o no) al cumplimiento de los objetivos que se ha trazado en sus interacciones con los demás países. También para incluir las organizaciones de raigambre popular que actúan en la llamada «sociedad civil socialista» y que, con independencia de la labor del Estado, también participan en la elaboración e implementación de la política exterior cubana.
5. Ernesto Che Guevara, *Notas de viaje*, Ocean Press-Centro de Estudios Che Guevara, Melbourne-Nueva York-La Habana, 2004, p. 26.

6. Fidel Castro, *La Historia me absolverá* (edición anotada), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1973, p. 57. (El énfasis es mío. L.S.S.)
7. Fidel Castro, «Discurso en la Plaza del Silencio», Caracas, 23 de enero de 1959, disponible en [www.granma.cubaweb.cu](http://www.granma.cubaweb.cu). Salvo que se indique lo contrario, los textos de todos los discursos del líder de la Revolución cubana que se mencionan se han localizado en esa página.
8. Fidel Castro, «Declaraciones en Montevideo», *Hoy*, La Habana, 6 de mayo de 1959.
9. Fidel Castro, «Discurso en la Conferencia del Grupo de los 21 (G-21)», Buenos Aires, 2 de mayo de 1959.
10. «Primera Declaración de La Habana», en *Cinco documentos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, pp. 175-80.
11. Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, Joaquín Motriz-Planeta, México DF, 1993. Inmediatamente antes y después del triunfo de la Revolución cubana, el término «izquierda democrática» fue empleado para diferenciar a los partidos populistas o socialdemócratas de América Latina de la «izquierda marxista» y, en particular, de aquellos de sus destacamentos que abogaban por soluciones radicales a los profundos problemas existentes en el continente.
12. «Segunda Declaración de La Habana», en *Cinco documentos*, ed. cit., p. 168.
13. «Declaración de Santiago de Cuba», en *Cinco documentos*, ed. cit., p. 179.
14. Donald C. Hodges, *La revolución latinoamericana. Política y estrategia desde el apro-marxismo hasta el guevarismo*, Editorial V Siglos, México DF, 1976.
15. El lector debe recordar que el inconcluso proceso de «descolonización negociada» del Caribe insular y continental (Belice, Guyana, Surinam) con sus metrópolis europeas (Inglaterra y Holanda) comenzó a fines de la década de los 50 y tuvo sus primeros resultados a partir de 1962, año en que Jamaica y Trinidad y Tobago obtuvieron su independencia. Todo ese proceso fue supervisado por el imperialismo norteamericano.
16. Régis Debray, *La crítica de las armas y Las pruebas de fuego*, Siglo XXI Editores S.A., México DF, 1975.
17. Luis Suárez Salazar, *Madre América. Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.
18. El concepto de «política diferenciada» de la Revolución cubana hacia los diferentes países capitalistas, desarrollados y subdesarrollados, pertenece al desaparecido intelectual y estadista cubano, Carlos Rafael Rodríguez. De ese autor pueden consultarse, entre otros ensayos, «Fundamentos estratégicos de la política exterior cubana» (*Cuba Socialista*, n. 1, La Habana, diciembre de 1981) y «25 años de la victoria de Playa Girón y de la declaración del carácter socialista de la Revolución cubana» (*Cuba Socialista*, n. 20, La Habana, marzo-abril de 1986).
19. Oleg Darusenkov, comp., *La política exterior de la Cuba socialista*, Editorial Progreso, Moscú, 1982, pp. 33-6.
20. José Cantón Navarro y Martín Duarte Hurtado, *Cuba: 42 años de Revolución. Cronología histórica 1959-2000*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 264.
21. Oleg Darusenkov, ob. cit., p. 33-6.
22. Luis Suárez Salazar, comp., *Barbarroja. Selección de testimonios y discursos del Comandante Manuel Piñero Losada*, Ediciones Tricontinental-SIMAR S.A., La Habana, 1999, p. 216.
23. *Manual de los partidos políticos de América Latina*, Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas/Parlamento Latinoamericano, Madrid, 1997.
24. Los gobiernos fundadores del Grupo de Río fueron los de México, Colombia, Venezuela, Panamá, Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. En 1990 se incorporaron los de Chile, Ecuador, Bolivia, Paraguay, un representante rotativo del Caribe y otro de Centroamérica. En el año 2000 lo hicieron los de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y República Dominicana.
25. Fidel Castro, *La deuda externa (Selección temática, febrero-septiembre de 1985)*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985.
26. Carlos Rafael Rodríguez, «Intervención en la Inauguración del XVIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)», en *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*, ALAS-CEA-Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1992, pp. 19-32.
27. Fidel Castro, «Discurso en la Sesión Inaugural de la Primera Cumbre Iberoamericana», Guadalajara, 18 de julio de 1991.
28. Fidel Castro, «Discursos en la Inauguración y Clausura del IV Congreso del Partido Comunista de Cuba», Santiago de Cuba, 10 y 14 de octubre de 1991, respectivamente.
29. Ídem.
30. *Constitución de la República de Cuba* (actualizada), Editora del Ministerio de Justicia, La Habana, 2004, pp. 2-3.
31. Fidel Castro, «Discurso en la Clausura del IV Encuentro del Foro de São Paulo», La Habana, 24 de julio de 1993.
32. Ídem.
33. Daniela Kunz, «Concepciones democráticas en pugna en el escenario interamericano», en Luis Suárez Salazar y Tania García Lorenzo, *Las relaciones interamericanas: continuidades y cambios*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 2008.
34. Fidel Castro, «Discurso en el Acto por el Aniversario 45 de la Revolución cubana», La Habana, 3 de enero de 2004.
35. Véase Roberto Regalado, *Cronología del Foro de São Paulo (1990-2005)*, texto mimeografiado, 2007.
36. Fidel Castro, «Lula» (cuarta y última parte), *Granma*, La Habana, 1º de febrero de 2008, pp. 1-3.
37. Roberto Regalado, *América Latina entre siglos. Dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*, Ocean Press, Melbourne-Nueva York-La Habana, 2006.
38. El término fue acuñado por Vladimir Ilich Lenin en *El imperialismo: fase superior del capitalismo* para referirse a aquellos Estados que, aunque gozan de independencia política más o menos formal, están atrapados en lo que él llamó «el sistema de dominación de la oligarquía financiera» cada vez más transnacional en la actualidad.
39. Organismo creado por las naciones del Caribe para sostener diálogos con la Unión Europea (UE) y con los demás países del mundo subdesarrollado integrantes del Grupo Asia-Caribe-Pacífico



(ACP). Aunque Cuba no participa en los Acuerdos de Lomé y Cotonou firmado con la UE, sí es miembro del Grupo ACP.

40. Nombre actual del inicialmente llamado Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Primeras Damas. La primera edición de esos pocos conocidos eventos (en los que ahora también participan representantes de los Jefes de Estado y Gobierno de los Estados Unidos y Canadá) se realizó en septiembre de 1991 en Venezuela. Para un resumen del contenido de las reuniones efectuadas hasta 2003 puede consultarse Yanira Kuper Herrera, «Las Conferencias de Primeras Damas, Esposas y Representantes de Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas, en el marco de las relaciones interamericanas», Trabajo de Curso, Maestría de Relaciones Internacionales, Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa Kourí, La Habana, 2003.

41. Véase «Declaración Conjunta entre la República de Cuba y la República Bolivariana de Venezuela», Palacio de la Revolución, La Habana, 14 de diciembre de 2004, disponible en [www.granma.cubaweb.cu](http://www.granma.cubaweb.cu).

42. Véase «Acuerdo para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América y el Tratado de Comercio de los Pueblos», suscrito el 29 de abril del 2006 entre los presidentes de Bolivia, Cuba y la República Bolivariana de Venezuela, Evo Morales, Fidel Castro y Hugo Chávez, respectivamente, disponible en [www.granma.cubaweb.cu](http://www.granma.cubaweb.cu).

43. Ricardo Dello Bouno y Marcos A. Gandásegui Jr., eds., *Un continente en la encrucijada. Nuestra América en transformación*, Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena (CELA), Panamá, 2007.

44. Luis Suárez Salazar, «El ALBA: un hito en la proyección de la Revolución cubana hacia América Latina y el Caribe», *Relaciones Internacionales*, n. 6, La Habana, junio-diciembre de 2005, pp. 42-53.

45. Venezuela concretó su incorporación al MERCOSUR en 2004, tras cinco años de negociaciones, pero ese ingreso aún no ha sido ratificado por los poderes legislativos de todos los Estados miembros.

46. Fidel Castro, «Discurso en el Acto por el 60 aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana», La Habana, 17 de noviembre de 2005. También Raúl Castro, «Discurso en el 54 aniversario del asalto al Cuartel Moncada», Camagüey, 26 de julio de 2007; ambos disponibles en [www.granma.cubaweb.cu](http://www.granma.cubaweb.cu).

47. Tal crisis se pone de manifiesto en la amplitud que han alcanzado las relaciones oficiales cubanas con la mayor parte de los Estados del mundo, en especial los de América Latina y el Caribe; y en la constante aprobación, desde 1992, por la Asamblea General de la ONU de la Resolución «Necesidad de poner fin al bloqueo norteamericano contra Cuba». Asimismo en la presiones internas y externas que está recibiendo el nuevo presidente estadounidense Barack Obama para modifique la agresiva política contra Cuba desplegada por sus antecesores

48. Luis Suárez Salazar, «Crisis y recomposición del sistema de dominación “global” de Estados Unidos: El “nuevo orden panamericano”», en Marco A. Gandásegui, hijo, comp., *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, CLACSO-Siglo XXI, 2007, México DF, pp. 213-31.

49. Ernesto Che Guevara, «Mensaje a todos los pueblos del mundo a través de la Tricontinental», *Escritos y discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

50. José Martí, *Nuestra América*, Casa de las Américas, La Habana, 1974, pp. 21-2.